

JEAN PAUL (1793-1825)

## SUEÑOS

### El sueño de Emanuel en que a todas las almas un placer aniquila

Él descansaba glorioso en un cáliz de tulipán de oscuros colores transparentes que se mecía porque un suave movimiento de la tierra obligaba al follaje a tambalearse sobre el doblado sostén. La flor estaba en un campo magnético que atraía a los bienaventurados con fuerza creciente; al fin él, absorbido hacia afuera, empujó desprendiéndose de la torcida corola como una perla de rocío.

¡Qué mundo de colores! Un pulular de copos con figuras etéreas, como la suya, flotaba en suspenso por encima de una lejana isla alrededor de la que jugaba una balaustrada con grandes flores abiertas. En lo alto del cielo, en medio de la isla, volaban soles vespertinos uno tras otro; junto a ellos se desplazaban lunas blancas. En el horizonte cercano las estrellas daban vueltas en círculo; cuando un sol o una luna descendía, miraba como un ojo de ángel en forma celestial entre las grandes flores de la ribera. El arco iris separó a los soles de las lunas y todas las estrellas avanzaron entre dos arco iris bordando plata en la esfera del anillo del cielo. Las nubes de colores se elevaban unas sobre otras y en ellas ardía un núcleo de oro, de plata, de piedras preciosas. Se desprendieron nubes de polvo de las alas de las mariposas y cubrieron el suelo como colores volátiles. Veloces ríos de luz, desviándose unos a otros, relampagueaban desde el nubarrón.

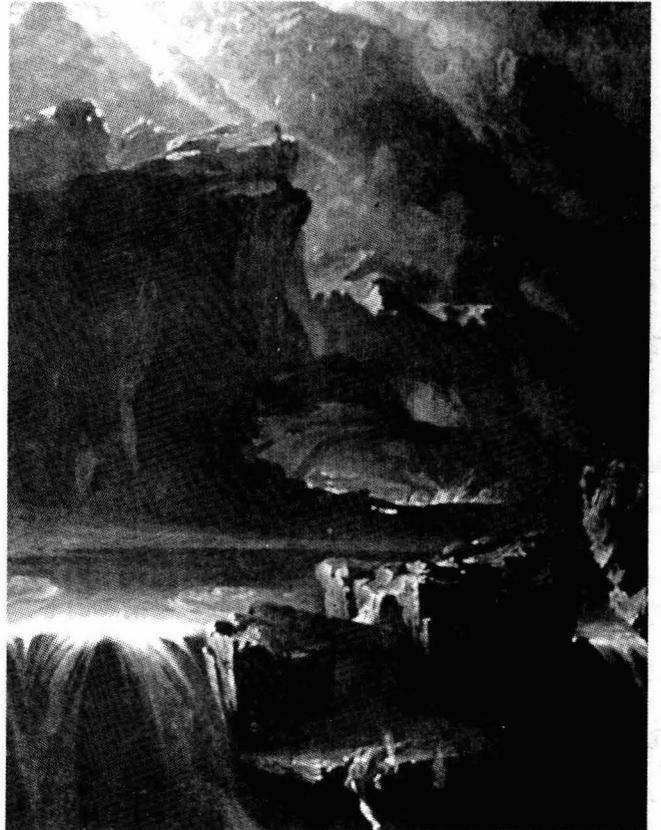
En este alboroto de colores, una voz fue diciendo por todas partes: *disolveos dulcemente en la luz.*

Pero las almas se quedaron ciegas sin disiparse todavía.

Vientos de la tarde y de la mañana y del mediodía arremetieron en la pradera precipitando a las nubes azules y claras, verdes y doradas que habían brotado de la fragancia de las flores, y doblaron el anillo florecido en el horizonte empujando el humo suave a los corazones de los bienaventurados. La niebla de flores los enlazó dentro de sí misma; el corazón se sumergió en los perfumes oscuros como un sentimiento de la profunda niñez, y empapado con el caliente vapor de las flores, quiso gotear a distancia. Al instante se acercó la voz desconocida y susurró con suavidad: *desvaneceos suavemente en el aroma.*

Pero las almas sólo se tambaleaban sin desaparecer.

En la honda eternidad de la medianoche, subió y bajó un primer sonido, otro se alzó en la mañana, un tercero en la tarde; al fin tronó todo el cielo desde la lejanía y los sonidos inundaron la isla y agarraron a las almas reblandecidas... Mientras los sonidos estuvieron en la isla, lloraban todos los hombres de gozo y añoranza... Entonces avanzaron los soles con mayor velocidad, los sonidos alcanzaron un tono más alto y se perdieron entre remolinos en una altura de tajos interminables. ¡Ay!, se abrieron de nuevo todas las heridas de

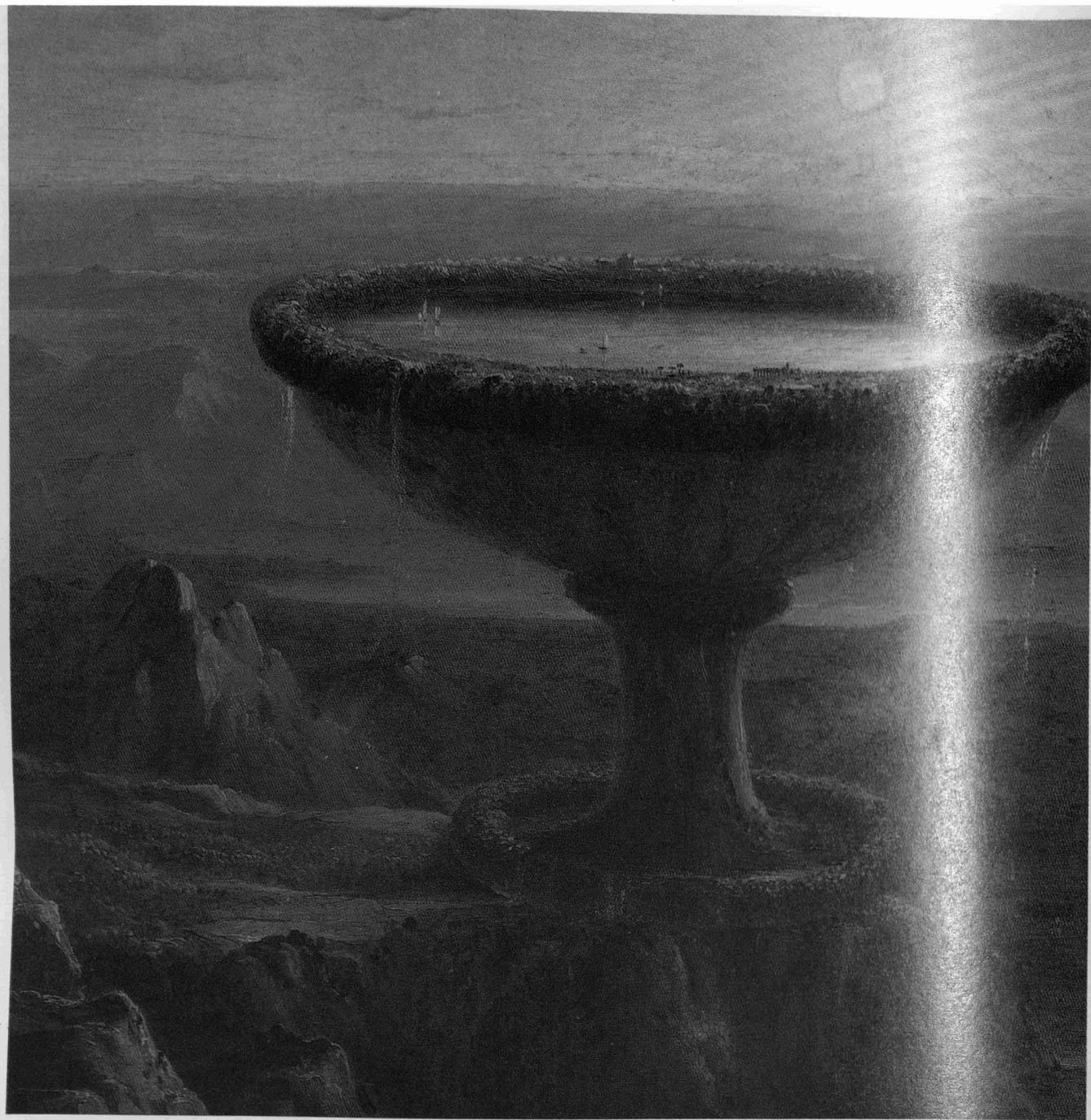


John Martin: *Sadak en busca de las aguas de Oblivion*

los hombres y con la sangre derramada calentaron suavemente cada pecho muerto en la tristeza. ¡Ay!, vino volando a nosotros todo lo que aquí habíamos amado, todo lo que aquí habíamos perdido, cada hora querida, cada paisaje llorado, cada hombre amado, cada lágrima y cada deseo. Y así como enmudecieron los sonidos más agudos y se cortaron y más largamente enmudecieron y más profundamente se cortaron, de ese modo se sacudían las campanas de armónica bajo los hombres trémulos a fin de que la vibración despedezara a cada uno. Y una alta figura, rodeada por una nube oscura, pisó un velo blanco y dijo melodiosamente: *desvaneceos dulcemente en los sonidos.*

¡Ay!, hubieran languidecido con gusto, languidecido en la tristeza de la melodía, si cada corazón al corazón hubiera conservado en el pecho después de consumirlo, pero cada uno lloraba solitario sin su amado.

El espectro rasgó el velo blanco y el Angel del Final apareció ante los hombres. La nube que lo rodeaba era el tiempo.



Thomas Cole: *La copa del Titán*

Tan pronto como él tomara la nube, la trituraría, y el tiempo y los hombres serían aniquilados.

Cuando el Angel del Final se quitó el velo, rió de los hombres con alegría indescriptible para que inclinaran su corazón al placer y a la risa. Una suave luz cayó de sus ojos sobre todas las figuras y cada uno vio frente a sí al alma que más amaba. Cuando unos a otros se miraron muriendo de amor, y resueltos rieron del Angel, éste quiso agarrar la nube cercana pero no la alcanzó.

De pronto se miró cada uno a sí mismo al lado de sí mismo, el segundo yo tiritaba traslúcido junto al primero, ambos reían destruyéndose, y uno en otro se elevaron. El corazón, tembloroso en el hombre, pendía más tembloroso en el segundo yo y se vio morir en él.

Cada uno tuvo que volar desde sí mismo hasta su amado, y preso de espanto y amor, volver los brazos a los hombres queridos y extraños. El Angel del Final abrió los brazos amplios y ciñó al género humano en un abrazo.

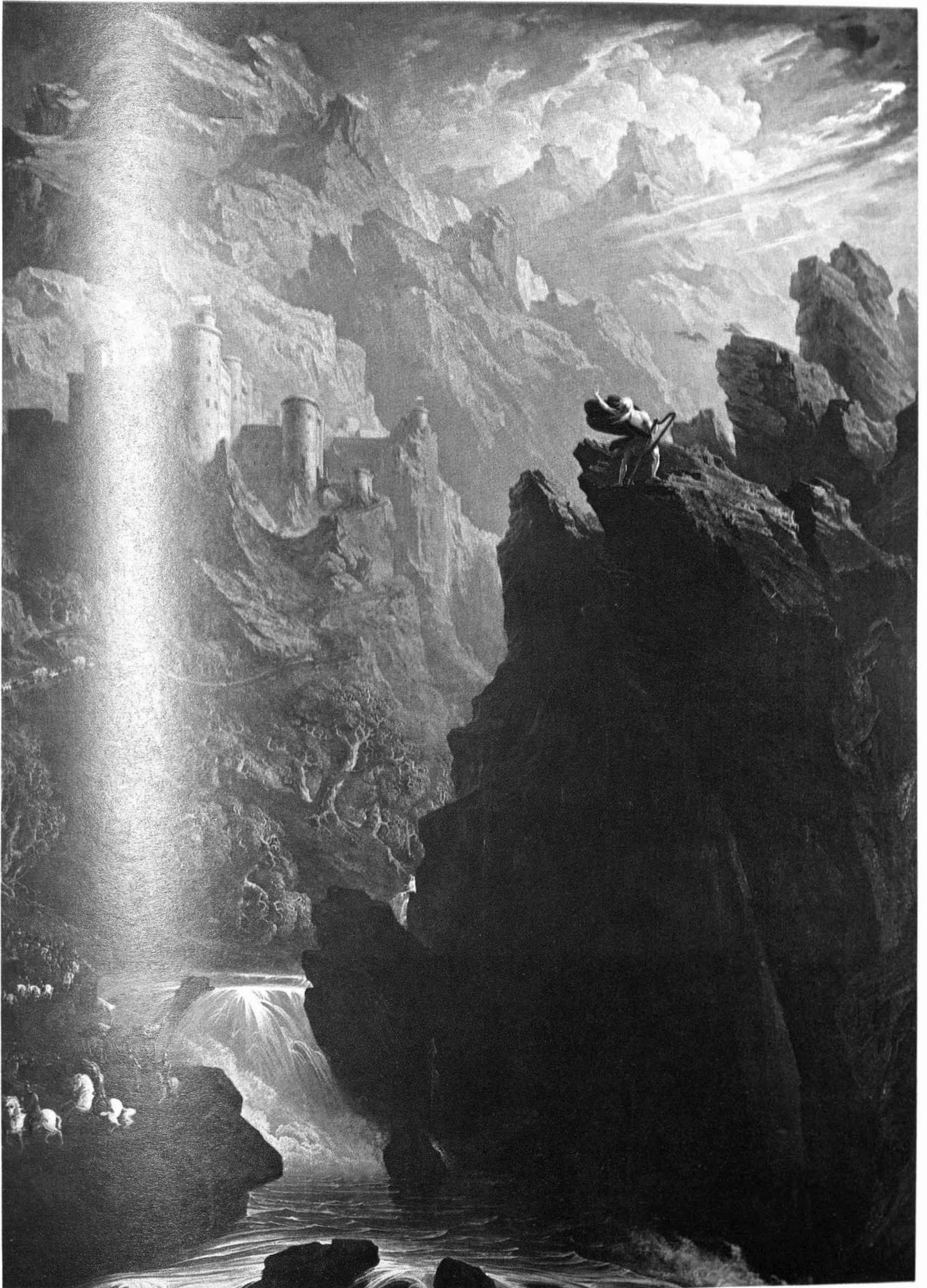
La pradera reluce, huele, suena; los soles se detienen, pero la isla se arremolina en sí misma alrededor del sol.

Fluyeron las dos partes del yo, las almas amantes cayeron como copos de nieve, los copos se volvieron nube, la nube se derritió en lágrimas oscuras.

La gran lágrima del gozo, hecha con todos nosotros, navega transparente, transparente en la eternidad.

El Angel del Final dijo en voz baja:

—Se disolvieron dulcissimamente en sus amados— y apretó llorando la nube del tiempo.



John Martin. *El Bardo*

## Sermón de que Dios no existe, dicho desde la torre del mundo por Cristo muerto

Un anochecer de verano estaba yo tendido en una montaña y me dormí. Soñé que despertaba en un sembrado de Dios. Las ruedas giratorias del reloj de la torre me habían despertado con el toque de las once. Busqué el sol en el cielo vacío de la noche pues creí que la luna lo había ocultado en un eclipse. Todas las tumbas estaban destapadas. Manos invisibles abrían y cerraban las puertas de la casa de los huesos. Por los muros volaban sombras que nadie había proyectado y otras sombras iban rígidas en el puro aire. En los féretros abiertos dormían solamente los niños. Del cielo pendía una niebla gris y bochornosa con grandes pliegues que una sombra gigantesca jalaba como una red siempre más cercana, angosta y caliente. Escuché sobre mí la precipitación de aludes y avalanchas, y debajo de mí el primer sacudimiento de un terremoto inconmensurable. La iglesia trepidaba con dos chirridos interminables que luchaban en su interior y en vano querían unirse en un acorde. A veces brincaba un resplandor gris a los vitrales y bajo el resplandor corrían fundidos el plomo y el hierro. La red de niebla y la tierra oscilante me empujaron al templo, frente a cuyo portón dos basiliscos incubaban dos críos venenosos. Seguí por entre sombras desconocidas con viejas marcas de siglos. Todas las sombras se pararon alrededor del altar y a todas les temblaba y martillaba el pecho en el lugar del corazón. Sólo un muerto, el primer enterrado en la iglesia, aún yacía en su cojín sin que le temblara el pecho y en su rostro sonriente se mostraba un sueño feliz; entró un vivo, él despertó y no volvió a reír, abrió los pesados párpados con esfuerzo, pero dentro no había ojos, y en el pecho palpitante estaba una llaga en vez de corazón. Alzó las manos y las plegó en oración, pero los brazos se alargaban y desprendían, y las manos dobladas cayeron lejos. En la cúpula de la iglesia estaba la hoja de las cifras de la eternidad en la que no aparecía ningún número y era en sí misma su propia señal; sólo un dedo negro indicaba y los muertos querían ver el tiempo allí.

Una figura noble y esbelta, con un dolor desmesurado, desde la altura se hundió en el altar y todos los muertos gritaron:

—¡Cristo! ¿No existe Dios?

Él respondió:

—No existe.

Se estremeció la sombra entera de cada muerto, no sólo el pecho, y el estremecimiento separó a todos entre sí.

Cristo continuó:

—Fui por los mundos, subí a los soles y volé con las vías lácteas por los desiertos del cielo, pero no hay Dios. Bajé tanto cuanto el ser lanza su sombra, miré en el abismo y grité: Padre, ¿dónde estás? Pero sólo escuché la tormenta eterna que nadie gobierna. El brillante arco iris estaba sin el sol que lo había creado y goteaba sobre el abismo. Cuando contemplé el mundo inmenso con ojos divinos, él me miró fijamente con las vacías cuencas de los ojos sin fondo. La eternidad se extendía sobre el caos, lo roía y rumiaba. ¡Suenen estridencias y chirridos a las sombras, pues él no existe!

Las sombras desteñidas revolotearon como vapor blanco hecho por el frío y desbaratado luego en vaho caliente, y todo quedó vacío. Fueron al templo —qué horrible para el corazón— los niños muertos que en el sembrado de Dios habían crecido y se lanzaron diciendo frente a la esbelta figura del altar:

—Jesús, ¿no tenemos padre?

Y él respondió con lágrimas torrenciales:

—Todos somos huérfanos. Yo y vosotros no tenemos padre.

Se hicieron los chirridos más agudos; los muros del templo vacilaban empujándose a distancia; toda la tierra y el sol se hundían, y todo el edificio del mundo se hundió frente a nosotros con su inmensidad y en la cumbre de la naturaleza infinita estaba Cristo de pie y miraba el edificio del mundo quebrado en mil soles de la noche eterna, mina cavada en la que cruzan los soles como agujeros de luz y se trazan las vías lácteas como venas de plata.

Cuando Cristo vio que los mundos se apretaban frotándose, danza de antorchas de los fuegos fatuos del cielo y de los bancos de coral de corazones palpitanes, y cuando vio cómo un mundo esférico vertía alrededor de otro sus almas destellantes en el mar de los muertos, y cuando vio cómo una esfera de agua esparce luces que nadan en las oías, grande como el ser limitado más alto, alzó los ojos contra la nada y contra la inmensidad vacía y dijo:

—¡Muda y rígida nada! ¡Necesidad eterna y fría! ¡Casualidad delirante! ¿Conocéis lo que está bajo vosotras? ¿Cuándo nos trituraréis a mí y al edificio? Casualidad, ¿sabes tú misma si gritas con huracanes entre remolinos nevados de estrellas y soplas a un sol tras otro, y si el rocío chispente destella a los astros en tanto pasas? ¿Cómo está solo cada uno en la lejana fosa de cadáveres del todo! Yo estoy junto a mí. Oh padre, oh padre, ¿dónde está tu pecho amplio para que en él yo descanse? ¡Ay!, cuando cada yo es su propio creador y padre ¿por qué no puede ser también su propio ángel exterminador? ... ¿Es esto que está a mi lado un hombre? ¡Pobre! Vuestra vida pequeña es el suspiro de la naturaleza o solamente su eco. Un espejo cóncavo lanza sus rayos a las nubes de polvo de las cenizas de los muertos sobre vuestra tierra y nacéis entonces, imágenes vacilantes y nubladas. Procura en el abismo las nubes de ceniza que te arrastren. Niebla llena de mundos que suben del mar de los muertos, el futuro es una niebla en ascenso y el presente es la que cae. ¿Reconoces tu tierra?

Cristo bajó la vista, sus ojos se llenaron de lágrimas y continuó:

—Yo era feliz en ella, tenía a mi padre infinito y miraba yo contento desde las montañas el cielo inconmensurable; apreté en su imagen mi pecho para mitigar el lanzazo y en la muerte amarga dije: "Padre, arranca a tu hijo de esta sangrienta envoltura y llévalo a tu corazón"... Ay, vosotros, felicísimos habitantes de la tierra, todavía creéis en él. Quizá declina vuestro sol y caéis de rodillas entre flores, refulgencias y lágrimas y alzáis las manos venturosas y clamáis con un millar de lágrimas de amistad al cielo abierto: "Tú también me conoces, ser infinito, y a todas mis heridas, y después de la muerte no se curan. El calamitoso se echa en tierra con la espalda herida para amanecer a un día más hermoso y lleno de verdad, de virtud y de alegría, pero despierta en el caos tormentoso de la media noche infinita y no llega la mañana ni la mano que alivia ni el padre eterno. Mortal como yo, si aún vives, adóralo, si no lo has perdido para siempre.

Cuando yo caía en la luminosidad de la torre del mundo, contemplé a las serpientes gigantes elevarse como anillos en la eternidad almacenada en el cosmos. Los anillos se desplomaron, la eternidad abarcó al doble todo y se volvió mil partes en la naturaleza y trituró a los mundos unos con otros y pulverizó al templo infinito empujándolo a una iglesia del campo de Dios y todo se hizo angosto, lóbrego, desasosegado. Un martilleo de campanas extenso y enorme debía sonar la última hora del tiempo y desbaratar en astillas el edificio del mundo... cuando desperté.

## Siete palabras finales

La estrella clara o gota de rocío en la espiga de la virgen cae ahora bajo el horizonte. Aún estoy aquí en mi tierra florida y pienso: todavía traes en tus flores, tierra vieja y buena, a tus hijos al sol, como la madre lleva al niño de pecho a la luz. Aún estás entrelazada con tus hijos, pendiente, cubierta, en tanto las alas revolotean en tus hombros, saltan los animales en cantidad alrededor de tus pies, puntós de oro con alas vagan por tus rizos, conduces al erguido y alto género humano con tu mano por el cielo, nos muestras tu amanecer rosado, tus flores y la casa enteramente iluminada del padre infinito y a tus niños les cuentas de él pues aún no lo han visto. Pero, buena madre tierra, transcurrirá un milenio en que todos tus hijos se te morirán, en que el torbellino de fuego del sol te habrá enrollado consumiéndote en círculos estrechos: entonces girarás amonestada alrededor de tu sol, con los hombres mudos en tu seno, espolvoreada con cenizas de muerto, yerma y silenciosa. Vendrá el alba rosada, titilará la estrella de la tarde, pero todos los hombres dormirán profundamente en los cuatro brazos del mundo sin ver nada más... ¿todos? Ay, pose una mano consoladora sin titubeos el velo final en los ojos solitarios de nuestro compañero, el último en dormir...

El crepúsculo ya brilla en el norte. También en mi alma se puso el sol y sacude luz roja en los bordes. Mi yo se ensombrece. Frente a mí está el mundo en un sueño fijo y no habla ni oye. Se coloca en mí un mundo pálido con huesos de muerto. Las horas viejas se desempolvan. Se oyen resoplidos como si en los límites de la tierra comenzara la aniquilación y yo escuchara el resquebrajamiento de un sol. La tormenta cesa y todo está tranquilo. Un arco iris negro se tiende desde la borrasca sobre la tierra desamparada.

¡Mira! Viene una figura bajo el arco negro y va a mi montaña, salta sobre las inauditas flores de junio un inmenso esqueleto que devora soles, aplasta tierras, pisotea una luna y se eleva en la alta nada. La osamenta blanca surca la noche, sostiene a dos hombres en las manos, me mira y dice:

—Soy la muerte. Tengo en cada mano a un amigo tuyo, pero están desfigurados.

Caí de boca sobre la tierra, y mi corazón nadó en el veneno de la muerte. En mi agonía la escuché hablar:

—También te mato ahora. Has dicho muchas veces mi nombre y te he oído. Ya desmenucé una eternidad; agarro y estrujo por todos los mundos. Desciendo de los soles hasta vuestro ángulo sofocado y lúgubre en que dispara el hombre de salitre y lo froto levemente... ¿Vives todavía, mortal?

Se fundió mi corazón desangrado en una lágrima sobre las torturas de los hombres. Me enderecé quebrado y no vi ese esqueleto ni lo que guiaba. Miré la estrella de Sirio y grité con el miedo último:

—¡Padre oculto! ¿Permites mi aniquilación? ¿Están éstos también aniquilados? ¿Termina la vida torturada en un despedazamiento? Ay, ¿pudieron los corazones destrozados amarte sólo a ti tan brevemente?

¡Mira! Cayó en el cielo azul nocturno una gota clara del tamaño de una lágrima y se hundió creciendo junto a un mundo tras otro. Cuando penetró, grande y con mil relámpagos de colores, en el arco negro, éste se hizo verde y floreció como un arco iris y bajo él ya no quedaron figuras. Cuando la gota de grandes destellos como un sol se posó en cinco flores, un fuego errante inundó la superficie verde y aclaró a una florescencia negra que sin ser vista había envuelto a la tierra. La florescencia se alzó hinchándose hacia un toldo infinito, se desprendió del mundo, cayó en un paño mortuorio

y se quedó en un sepulcro. La tierra se hizo cielo que amanece, de las estrellas se espolvoreaba una lluvia cálida de puntitos luminosos, en el horizonte estaban plantadas columnas blancas. Desde el oeste peregrinaban pequeñas nubes de color perla claro, verdosas y juguetonas, de rojo ardiente, y en cada nube dormía un muchacho cuya respiración de Céfito jugaba con el aroma desprendido como con suaves flores y mecía su nube. Los arcos de un tibio viento vespertino bañaban a las nubes y las conducían. Cuando una onda fluyó hasta mi aliento, quise entregar mi alma para que en ella trascurriera en eterno reposo. En el Occidente lejano se agitaba una esfera oscura bajo un chubasco torrencial. Desde el Oriente se lanzó una luz de zodiaco a mi suelo como una sombra...

Me volví hacia el este y un ángel como luna creciente, sereno y grande, en virtud venturoso, se rio de mí y preguntó:

—¿Me conoces? Soy el Ángel de la Paz y de la Tranquilidad y volverás a verme cuando mueras. Os amo y consuelo a vosotros los hombres y estoy en vuestras grandes preocupaciones. Si se hacen demasiado grandes, si os habéis herido en la vida dura, tomo entonces en mi corazón el alma con sus llagas y la llevo desde vuestra esfera que lucha en el poniente y la dejo adormilada en la nube suave de la muerte.

Ay, conozco algunas figuras dormidas en esas nubes.

—Todas esas nubes arrastran hacia la mañana a los que duermen y de inmediato Dios se alza en la figura del sol: así despiertan y viven y gritan todos de alegría eternamente.

¡Mira! Las nubes hacia el este arden más y surcan por un mar incandescente, se aproxima el sol en ascenso, todos los que duermen sonríen con vivacidad en el sueño venturoso frente al despertar.

Oh vosotras, reconocibles figuras eternamente amadas. Si yo en vuestros grandes ojos ebrios de cielo pudiera de nuevo volver a mirar...

Un rayo de sol brilló en lo alto, Dios descansó llameante frente al segundo mundo; cerrados, todos los ojos se abrieron de pronto.

Ay, también los míos. Únicamente salió el sol de la tierra. Me adherí a la esfera de la tarde que se debatía. La noche brevísima se había apresurado en mi sueño como si hubiera sido la última de la vida.

¡Sea! Pero ahora se endereza mi espíritu con su fuerza terrestre. Levanto los ojos en el mundo infinito sobre esta vida. Mi corazón terrestre, anudado a una patria pura, golpea contra tu cielo de estrellas, oh ser infinito, contra la imagen de estrellas de tu figura sin límites, y se hace grande y eterna por tu voz en mi interior más noble: nunca te extinguirás.

Y así quien se acuerda conmigo de una hora en que se le apareció el Ángel de la Paz y le llevó almas queridas del abrazo terrenal; ay, quien se acuerda de uno donde tanto perdió, triunfe sobre los anhelos y vea conmigo fijamente las nubes y diga: descansad siempre en vuestras nubes, amados que estáis en éxtasis. No contáis los siglos que transcurren entre el anochecer y el alba, ninguna piedra cubre más vuestro corazón como losa funeraria, que ya no oprime, y vuestro reposo no se turba ni un instante pensando en nosotros...

En lo profundo del hombre hay algo indomable que el dolor sólo narcotiza pero no vence. Por eso resiste una vida en que el mejor sólo trae follaje en vez de frutos, por eso vela durante las noches de esa esfera del poniente en que los hombres amados se trasladan en el pecho amante a una vida lejana, remota, y a la actual simplemente le dejan las resonancias del recuerdo como el vuelo de los cisnes a través de las noches negras de Islandia, aves de paso con sonidos de violines.